

MARIANA MAGGIO

CRIANZA PODEROSA

Juntar fuerzas para educar en un
mundo saturado de pantallas



PAIDÓS

MARIANA MAGGIO

Crianza poderosa

**Juntar fuerzas para educar en
un mundo saturado de pantallas**

PAIDÓS

ÍNDICE

Muchas gracias a...	9
Estoy llena de preguntas	11
¿Por qué escribí este libro?	17
Alerta para maestros.....	23
Pará la pelota	25
¿Podés desconectarte un rato?	31
Cuidar/te... es ahora	39
Disponete a escuchar si querés conversar	47
Más cocina y menos <i>delivery</i>	55
Jugá (no solo se trata de “jueguitos”)	67
Agarrá un libro	83
¿Cómo les fue a ustedes con la respuesta?	86
Creá tu propia aventura	95

Atrevete a cosas nuevas, aunque sea de a poquito	101
Miralos primero a los ojos y luego miren juntos	107
Elegí a quién seguís (protegelos y protegete)	121
No los sobreexpongas	133
Salí a caminar y respirá la calle, a pesar de todo	135
Viajá para crecer	143
Tomate recreos en contacto con la naturaleza	155
Viví el diseño	163
Una pequeña causa puede ser una gran causa	175
Diez principios para una crianza poderosa	185
No dejes de soñar	189
Referencias	193

ESTOY LLENA DE PREGUNTAS

¿Qué sucede cuando dejamos a las chicas y los chicos solos con las pantallas? ¿Quién los cuida mientras están ahí? ¿Los dejamos seguir conectados según su propio parecer o intervenimos? ¿Cómo logramos que dejen las pantallas de lado por un rato? ¿Cuál es el momento en el que tenemos que poner un límite? ¿Les estaremos generando un trauma si decimos “basta”? ¿Nos querrán menos?

¿Cuántas veces nosotros les dimos a los chicos el teléfono celular para que no molesten, por ejemplo, en un restaurante? ¿Qué lugar ocupan los chicos en esas escenas que vemos a diario, en las que los adultos entregan las pantallas a los chicos para poder interactuar socialmente sin ser molestados? ¿Cuántas veces no estamos realmente presentes por estar usando los teléfonos celulares con miles de razones, válidas o no?

¿Cómo nos sentimos con la educación que ofrecemos como adultos en el ámbito de las familias? ¿Cómo encaramos los desafíos diarios de la crianza, llenos de problemas bastante raros? ¿Qué hacemos con estos chicos que nos toca criar y

educar? ¿Adónde nos paramos para tomar decisiones? ¿Hay algo en los saberes pedagógicos consolidados a lo largo de los siglos que pueda inspirarnos o al menos ayudarnos?

¿Por qué le pedimos a las escuelas que prohíban los teléfonos celulares cuando somos nosotros quienes los pusimos a disposición de las infancias? ¿No es acaso la escuela el lugar en el que educar para abordar un mundo cargado de tecnologías? ¿Cómo se hace eso si se prohíbe el uso? ¿La escuela puede prohibir porque es vieja mientras nosotros que somos jóvenes no podemos dejar un segundo el teléfono celular a un costado? ¿Puede salir algo bueno de una prohibición? ¿Estamos dispuestos a hacer lo que pedimos que otro haga? ¿No habrá llegado la hora de que paremos la pelota? ¿Tenemos la convicción y la fuerza que requiere detenernos? ¿Cuánto tiempo somos capaces de sostenerlo? ¿Quiénes somos cuando no hay disponible ningún tipo de conexión a las redes digitales por algunas horas o días? ¿Somos mejores en ese momento? ¿Lo somos para nuestros hijos?

¿Cómo podríamos educar si no logramos conversar con nuestros hijos? ¿Cuándo se habla? ¿Cuándo se habla de algo que no sea lo que tenemos que hacer? ¿Adónde quedó el tiempo de la conversación sobre lo que nos atraviesa, nos preocupa o nos conmueve? ¿Cuáles son las conversaciones que podrían emerger y que hasta acá no lo han hecho? ¿Qué preguntas genuinamente compartidas aparecerían? ¿Cómo lograremos poner en tensión lo que los algoritmos traen si no es desde esa mirada crítica que se alienta en la escuela y en la casa a través del estudio y de la argumentación que se pone en juego en la conversación?

¿Cuáles son los consumos culturales que apasionan a los chicos y cuáles a nosotros? ¿Cómo contagiarnos esas pasio-

nes mutuamente? ¿Qué podemos hacer para entender nuestros distintos intereses y reconocer cuáles son aquellos que pueden unirnos? ¿A quién seguimos en las redes sociales y a quiénes siguen los chicos? ¿Eso es realmente lo que queremos seguir o que ellos sigan? ¿Cuál es el rubro en el que podemos y elegimos aprender como familia, distinto de lo que nos quieren vender, y cómo reconocer la diferencia? ¿Hay sitios o perfiles más humanos y menos teñidos de dobles intenciones? ¿A quién seguir sin entrar en una escalada de consumo o daño? ¿A quién, para aprender algo valioso?

¿Por qué vivimos cada vez más encerrados? ¿Eso es lo que elegimos para la crianza? ¿Nos detuvimos a pensar en todo lo que fuimos perdiendo? ¿Cómo podemos recuperar el espacio público para ofrecer una educación más rica y humana? ¿Cuánto podríamos aprender junto a nuestros hijos si simplemente pudiéramos entregarnos, con tranquilidad, al ejercicio de recorrer y observar? ¿Cuántas historias podríamos inventar? ¿Cuándo dejamos de hablar con la gente? ¿Cuándo dejamos de saludarnos con amabilidad? ¿Por qué se perdieron esos gestos que definen nuestra humanidad?

¿Qué pasaría si lográramos encontrarnos en un hacer común y deseado tanto por nosotros como por los chicos? ¿Qué fuerza puede llegar a tener ese encuentro o reencuentro? ¿Qué placer puede traer detenernos para hacer cosas distintas? ¿Es posible tener un proyecto común que nos conmueva a todos? ¿Hay un sueño compartido al que podamos acercarnos juntos? ¿Nos falta tiempo? ¿Nos gana el cansancio? ¿Nuestros niños nos mirarán sospechosamente si nos ven persiguiendo ese sueño? ¿Fallaremos en el intento? ¿Por qué no probar?

¿De dónde saldría un mundo mejor si no educamos todos los días y a toda hora a las niñas y los niños y las y los jóvenes

para que cuando sean adultos sientan que ese es su motor y, también, su responsabilidad? ¿Cómo hacemos para formar sucesivas generaciones de ciudadanos empáticos, solidarios y transformadores que sientan desde hoy que el compromiso con la paz y la justicia les pertenece?

¿Vamos a educar nosotros o dejaremos que lo hagan los algoritmos?

PARÁ LA PELOTA

Como adultos tenemos que reconocernos como sujetos de una realidad acelerada que nos lleva a actuar bajo presión, más allá de lo bueno o malo de nuestras condiciones de vida social y económica. La carrera a toda velocidad define la mayor parte de nuestras vidas. Pensamos que de eso depende la subsistencia; así nos lo hicieron creer y así construimos condiciones para la supervivencia de los niños y jóvenes a través de nuestro trabajo. En la carrera nos vamos perdiendo el encuentro, nos distanciamos y hasta nos cuesta vernos a nosotros mismos. Parar no es fácil. El mundo está en contra. Detenerse no está bien visto, y sin embargo parece ser uno de los únicos caminos posibles hacia el encuentro.

Soy mujer, tengo 57 años, un hijo criado y mucho trabajo. La idea de detenerme suele resultarme aterradora. Durante muchos años no pensé siquiera en la posibilidad de parar por un instante. No sé realmente si podía o no parar, pero no me lo permitía. Hoy es

un tema de terapia. Esa carrera a toda velocidad que viví durante décadas incluía criar y trabajar, programar desde la ida al gimnasio hasta los viajes, la vida social y los encuentros familiares, entre otras actividades, en un Tetris en el que las fichas caían sin parar y tenían que estar cuidadosamente atadas a la agenda para no estrellarme. Algunas veces fallé, evidentemente.

La maternidad, muy deseada, me exigió correr mucho más rápido y con sobrecarga en todas las etapas de la crianza. Correr para llegar a amamantar, correr para ir a la pediatra, correr para que no cierren la puerta del colegio, correr porque terminan las fiestas de cumpleaños de los amigos, correr porque regresa el ómnibus del campamento, correr el sábado para llegar al torneo y sigue la lista. Correr siempre; correr y correr.

Como si fuera poco, un día empezamos a correr con el teléfono celular en la mano. "Estoy llegando, esperame por favor." "No llego, ¿quién puede retirarlo y paso a buscarlo más tarde?". "¿Cómo? ¡¿Termina a las seis?!". "Hoy lo retiraba el padre, ¿no fue?"

Correr por la calle, acelerar manejando, pedirle al taxista que se apure o maldecir al colectivo. Correr siempre.

Llegamos, claro, como maratonistas de la vida, pero no se trata solo de llegar a tiempo. El cronómetro marca el ritmo y el orden –o el desorden– de una vida cotidiana en la que el tiempo libre es escaso. Vale para los trabajos exigentes de los incluidos plenamente en el sistema laboral y para quienes necesitan múltiples trabajos pequeños porque no lo están. Vale para quienes participan de una vida social cargada y para quienes están todo el día inmersos en las redes sociales. También vale para nuestros hijos y estudiantes que combinan lo escolar, lo extracurricular, lo deportivo y lo social, y que en los sectores más

vulnerables acompañan a sus familiares en las duras vicisitudes del trabajo informal, las changas o los emprendimientos.

De alguna manera, todos sentimos que el tiempo dejó de ser nuestro y se convirtió en el ente superior que rige la alocada lógica de nuestras vidas. Ya casi no tenemos reloj pulsera –a menos que sea un *smartwatch*–, pero las aplicaciones en los teléfonos celulares nos marcan el ritmo, entre recordatorios y alarmas. Como en el viejo programa de televisión *Pulsaciones*,¹ nuestros latidos se hacen escuchar cuando aceleran al ritmo digital, mientras desde TikTok nos llegan sugerencias sobre qué hacer para bajar el cortisol, la hormona del estrés de la que hasta hace poco tiempo no habíamos escuchado hablar.

Parar en la vida es ir contra la lógica del mundo. Honoré (2004) publicó *Elogio de la lentitud*, pilar del movimiento *slow* al que define como una revolución cultural que propone hacer las cosas “a la velocidad adecuada”.² Hace veinte años ya estaba claro que estábamos frente a un problema.

Parar para criar y educar es entender e intentar poner en tensión la estructura organizativa con la que entramos a este siglo, con una evolución significativa de la participación de las mujeres en el mercado laboral (CEPAL, 2020). Se trata de coordinar las cuestiones familiares y sus sorpresas cotidianas; el tiempo que nos insumen los desplazamientos de un lado a otro; las responsabilidades del mundo del trabajo expandidas al ámbito del descanso a través de los dispositivos tecnológicos, y

1. Véase <<https://www.pagina12.com.ar/diario/espectaculos/6-8051-2002-07-24.html>>.

2. <<https://ethic.es/2023/01/entrevista-honore-zubiaga-movimiento-slow/>>.

la crianza con todo el esfuerzo que conlleva. En todos los sectores sociales la complejidad de los desafíos es inmensa, entre la sobrecarga y la precarización, la competencia feroz o el riesgo de la pérdida del empleo. Cambiar eso depende de decisiones políticas e institucionales, de formas de entender el rol del Estado, de modelos económicos y productivos, y de revoluciones culturales que –si llegan a gestarse– toman mucho tiempo en generalizarse. Nuestro objetivo puede ser más modesto, pero no por eso menos significativo: lograr de alguna forma consciente ciertos momentos de pausa que nos permitan conectarnos con humanidad.

Siempre vuelve a mí el recuerdo de un viaje a Colonia, Uruguay, que hice con mi hijo Francisco cuando tenía cuatro o cinco años. Fue un intento de detenerme. Me juré dedicar esos días a estar conectada con él, dedicada y dispuesta a la conversación, al juego y al disfrute.

El problema fue que no podía estar despierta. Lo advertí cuando le pregunté por qué me despertaba a cada rato y él me contestó: “Es que estás durmiendo desde que llegamos”.

Quería estar despierta y sin embargo no podía. Me ganaba el agotamiento.

Escucho historias como esta todo el tiempo entre amigas y colegas. Por eso la pregunta sobre si podemos sostener una detención consciente y despierta en sentido literal no me parece menor en la sociedad del cansancio (Han, 2017). Si lográramos despejar una hora al día exclusiva para la crianza, quizás no sería una mala idea tomar quince minutos para dormir una siesta y quedarnos con cuarenta y cinco minutos de detención consciente plenamente dedicados a los chicos.

Lo primero es decidirlo. Lo segundo, acordar con nosotros mismos que conllevará renunciaciones. Resignar el teléfono celular incluye algo más sutil: renunciar a estar haciendo varias cosas al mismo tiempo. Poner la ropa en el lavarropas mientras escuchamos y mandamos audios; cocinar mientras leemos correos electrónicos; ordenar la casa mirando historias de Instagram, mientras los chicos van detrás nuestro tratando de que les prestemos un segundo de atención. Renunciar a la fantasía de poder hacer todo y también a nuestro FOMO.³

La familia termina de cenar y el padre se va a ocupar de acostar a las hijas pequeñas. Ellas preguntan si pueden ver una película corta y todos están de acuerdo en que verán solo una. Mientras prepara las cosas para el día siguiente, la madre escucha a lo lejos que pasa una primera película, después otra y una tercera. Cuando se acerca para ver qué pasa, la hija mayor, de cinco años, le dice: “Yo me di cuenta de que pasaban y pasaban, pero papá está con el celu”.

Se trata de poder detenernos y respirar, dejar de hacer, mirarnos a los ojos y estar abiertos para conectar humanamente. Tal vez, por primera vez en mucho tiempo.

3. Referencia al *fear of missing out* reconocido como FOMO a partir de sus siglas y que hace referencia al miedo de perdernos algo cuando faltamos a un evento social.